

LA ISLA LEJANA

Beatriz Malo

Image not found.

Capítulo 1

LA ISLA LEJANA

Beatriz Malo.

Calipso sonreía sin dejar de cantar. Estaba tejiendo en su telar de oro un manto rojo. Hermes esperó en el umbral de la cueva donde ella vivía. La encontró en el mismo lugar que la última vez, sentada, tejiendo, junto a un lecho y un gran fuego. A su lado había otra silla vacía. Era donde se sentaban sus huéspedes, y él cuando iba a verla. En su último viaje por las islas de Occidente había escuchado que Calipso se había enamorado de un hombre que no la amaba y por eso había regresado después de más de cien años. Ella siempre se enamoraba de los hombres que rescataba de los naufragios y ellos siempre la correspondían. Los mantenía con ella en su isla, allí donde el océano transformaba sus aguas en color violeta; hasta que decidía devolverlos al mar de la misma manera en que los había encontrado. No les daba una barca para regresar a su hogar, ni provisiones, ni les dejaba atisbar cualquier pista sobre su viaje de vuelta a casa. Calipso les señalaba la orilla desde la entrada de su cueva y les obligaba a marcharse con los únicos medios que pudiera ofrecerle la playa. Les dejaba permanecer en ella tres días antes de abandonarla.

Hermes golpeó la pared de piedra con su vara de olivo para llamar su atención. Sabía que le había oído la primera vez. Calipso respiró hondo, concentrada en la tela que tejía.

— Casi había olvidado ese olor del Olimpo – susurró Calipso al cabo de un rato –. Ese aroma de las nubes y los sacrificios. Casi lo había olvidado.

Hermes se mantuvo quieto, mirándola. Él aún pensaba en la melodía que Calipso había estado cantando. Una de las muchas que le hacían recordar aquella guerra en Ilión.

— ¿Traes un mensaje de Zeus?

Esta vez ella le habló en voz alta, pero sin apartar la vista del telar.

— Vengo sólo para verte.

Calipso se detuvo. Dejó sin terminar la fila del manto rojo que estaba tejiendo. Le miró un momento y se levantó. Se acercó al umbral, donde Hermes había estado esperando. Le miró a los ojos y después se entretuvo observando el báculo de olivo que llevaba en la mano, coronado por una bola dorada, y las sandalias aladas de oro, que brillaban con el

reflejo del sol de mediodía. Calipso tenía debilidad por cualquier objeto de oro, por el fuego y por los hombres que naufragaban. Se dio la vuelta y se acercó a la hoguera que había junto al telar. El fuego lo iluminaba todo y desprendía un humo que no asfixiaba; un humo que extendía un aroma a incienso y cedro que le había recibido, mucho más tenue, al borde del mar. Calipso introdujo las manos en las llamas y movió los dedos. Cerró los ojos y las sacó. Las agitó un momento y las llamas rojas desaparecieron de sus manos. De repente, se echó a reír y salió fuera. Hermes la siguió por el camino de la ladera que llevaba al jardín.

— Antes venías más a menudo – le reprochó Calipso.
— Yo también te he echado de menos.

Calipso volvió a reír. Caminaba despacio, sonriendo. A ella no le importaba que no le dijera siempre la verdad si eso significaba escuchar un cumplido.

— Dime entonces, ¿a qué has venido? ¿A hechizarme con esa varita? – le preguntó, señalándola.
— No.

Hermes alargó el silencio antes de continuar. Calipso se entretuvo colocándose las trenzas sobre uno de sus hombros y rehaciéndose un par de ellas. Él se quedó observando los jardines de violetas y apios que cubrían las laderas, y un poco más allá, casi a los pies de las montañas, las viñas de uvas oscuras. Ella le había contado en una de sus visitas que había procurado que todo lo que le rodeara hiciera juego con el mar. Sólo dejaba que el color verde surgiera entre el violeta porque le recordaba a la vida de los hombres. Hermes continuó hablando cuando se cruzó un instante con la mirada de Calipso. Él le devolvió la sonrisa; una sonrisa que a ella le hizo detenerse.

— Vengo porque he escuchado algo de ti – le dijo él. Intentó parecer distraído, observando ese jardín tan bien cuidado –. Dicen que tienes aquí a un hombre que no te ama.

— ¿Y que todos días llora por volver a su casa y ver a su mujer?
— Dicen que por las noches vuelve contigo y le haces olvidar que existe un mundo más allá de esta montaña, de este jardín, de esta isla...
— ¿Y dicen también que le he prometido la inmortalidad?

Se quedaron un instante en silencio, mirándose a la cara.

— La inmortalidad sólo se la prometí al rey de Ítaca – respondió Calipso a su propia pregunta.
— ¿Todavía no eres capaz de pronunciar su nombre?

Hermes lo dijo con ironía. Calipso se mantuvo serio y asintió. Al volver a sonreír, Hermes se dio cuenta que su sonrisa era distinta. La última vez

que la visitó, él había tenido miedo. Calipso había querido a ese hombre más que a ningún otro.

— Excepto tú, los demás dioses sólo se han acordado de mí cuando me dieron esta isla y cuando me quitaron al rey de Ítaca – le dijo Calipso –. Me alegro que vinieras tú. Aquella vez y ahora.

— Entonces sólo vine a traerte las órdenes de Zeus.

Calipso bajó la mirada y se apretó las manos. Jugó con las puntas de su pelo y se rehízo de nuevo una trenza que estaba perfecta.

— Yo iba a convertir al rey de Ítaca en alguien como nosotros – susurró ella –. Y él siempre quiso volver con su mujer.

Calipso se giró y condujo a Hermes, en silencio, hasta la ladera norte, casi a los pies de la colina donde nacía su bosque de alisos, chopos y cipreses. A medida que se adentraron en él, Hermes empezó a distinguir el sonido del agua de las cuatro fuentes que nacían en ese lugar. Y entre el sonido claro del agua y el de las aves que se escondían entre las ramas, distinguió un llanto humano. Calipso señaló con el dedo a un hombre sentado en una roca, junto al manantial, en el único lugar del bosque donde se colaban los rayos del sol.

— Se pasa los días aquí – le dijo Calipso en voz baja –. Es el primer hombre que está aquí porque me ha buscado. Cuando lo encontré en la playa yo ya llevaba esperándole tres días. Hice que los vientos le condujeran hasta aquí. Cuando supe que venía me di cuenta del tiempo que había pasado.

— No he visto ninguna embarcación en la playa.

Calipso se volvió hacia él. Se irguió un poco y sonrió.

— No.

Entonces se acercó un poco más a Hermes y le pasó un brazo por los hombros. Calipso era un poco más alta que él. Con la otra mano le sostuvo la cara y le miró a los ojos. Calipso habló tan bajo y tan deprisa que casi no pudo entenderla.

— La última vez no quisiste venir – le recordó ella –. Pero viniste e hiciste como yo, lo que Zeus había ordenado. Supongo que no le dijiste todo lo que yo te dije, sino hubieras venido mucho antes.

Con la mirada en sus labios, Hermes sentía su brazo alrededor de él cada vez más tenso. Recordaba bien la ira de Calipso, y sus ojos rojos que se volvieron violetas como el océano. Había sido prudente al dirigirse a ella, como lo estaba siendo ahora. Él había tratado con demasiados hombres y

dioses.

— He estado sola desde que dejé marchar al rey de Ítaca. ¿Quién más que tú vendría hasta una isla tan lejana? – suspiró Calipso.

— ¿A quién más se lo permitirías?

La risa de Calipso se extendió por el claro. Hermes notó que ella se relajaba. El hombre sentado en la roca levantó la cabeza y les miró. Era una mirada ausente, distraída, confusa.

— Hay días que no me conoce.

Calipso se colocó detrás de Hermes, rodeándole esta vez con los dos brazos. Él se mantuvo quieto y agarró fuerte el báculo que siempre viajaba con él. Había seguido con la mirada el movimiento de las manos de ella, que descendían por sus brazos, acariciándole muy despacio.

— Yo nunca he sido cruel con ningún hombre. Sois vosotros, todos los dioses, los que envidiáis y castigáis a las diosas que preferimos a los hombres antes que a cualquiera de vosotros.

— Fue lo mismo que me dijiste la última vez, antes de echarme de aquí como a cualquiera de tus hombres.

— Dime si miento – pero enseguida continuó. Le agarró de la muñeca y le hizo levantar el brazo apuntando con la vara de olivo culminada en una bola de oro hacia el hombre que les miraba -. Con esta varita tuya podrías hechizar los ojos de ese hombre. Podrías hacer que me amara como el primer día, y también podrías conducir su alma al Hades.

— También podría darle la inmortalidad – le tentó.

En ese instante, Hermes dejó de sentir los brazos, y sus piernas se volvieron tan pesadas como cualquier roca de esa isla. Miró sus manos mientras le quitaba el báculo. Con él, Calipso se dirigió hacia donde estaba el hombre, que la miraba sin conocerla. Cuando le tocó y le acarició un poco la espalda vio en sus labios que había pronunciado el nombre de ella.

— Me quitasteis al rey de Ítaca – dijo Calipso en voz alta.

Él la miró a los ojos. Conocía ese tono violeta de los ojos de Calipso que había visto ya una vez. Entonces, ella había dicho más de lo que debía. Todos esos años Hermes se había guardado esas palabras para él.

— Ni siquiera él confió en mí cuando le dije que se podía marchar. Le di todos los medios para que se fuera de aquí. Tuve que jurar que no pretendía hacerle nada malo. Nunca había jurado antes.

Hermes se dio cuenta que después de tantos años aún seguía demasiado dolida. Él aún no podía moverse. Veía a Calipso jugar con su báculo entre los dedos, acariciar la esfera de oro, y tenía miedo. Ella se estaba dando cuenta.

- ¿Quién es ese hombre? – le preguntó Hermes.
- ¿Él? – le contestó, como si le hubiera sorprendido.

Calipso se encogió de hombros y se entretuvo con él hablándole al oído, y sonriendo a las respuestas entre susurros que él le daba.

— No quiere que te lo diga – le dijo Calipso al cabo de un rato –. Pero tú, Hermes, que has visto tanto y conoces a tantos hombres, no te será difícil saber quién es si te doy alguna pista. Quizá hayas conocido a su padre o a su abuelo.

— ¿Cómo se llama? – insistió Hermes.

— Fueron muchos días de viaje hasta que me encontró. Veinte. Su madre le contó de niño historias sobre esta isla y sobre un hombre que había estado aquí. Son historias que se cuentan desde que terminó la guerra de Ilión y un rey se perdió en el océano de camino a casa...

Hermes lo adivinó al instante y no la dejó terminar.

— He conocido a todos los reyes de Esqueria – le cortó.

Calipso sonrió y asintió. A Calipso le gustaban los acertijos fáciles y que adivinara sus secretos en el momento en que ella quería. Hermes se quedó mirando al hombre que les observaba a ambos, a ella fijamente y a él sólo de vez en cuando. Con eso que le había dicho supo de inmediato que ese hombre era uno de los príncipes de Esqueria. Se parecía un poco a su bisabuelo. Suponía que allí no se habían olvidado de la visita del rey de Ítaca hacía más de cien años.

— Al menos, la marcha del rey de Ítaca ha servido para devolverme algo que yo quería. Pero he tenido que esperar mucho tiempo – Calipso calló y bajó la mirada un momento –. Al rey de Ítaca quise darle la inmortalidad. Este hombre quiero que viva conmigo hasta el último día de su vida. Nunca he visto envejecer a nadie.

Los ojos de Calipso habían perdido poco a poco esos destellos violetas. Hermes no se dio cuenta en qué momento habían vuelto a ser los de antes, de ese color rojo igual que los mantos que tejía.

— Te irás – le dijo a Hermes, con una sonrisa parecida a la que le despedía siempre –. Pero esta vez yo me quedaré con tu varita. Vuelve cuando escuches que el hombre al que amó Calipso ha descendido al

Hades.

Ella se inclinó un poco para agarrar del brazo al hombre sentado en la roca y ayudarle a levantarse. Hermes la vio desaparecer junto a él. En ese momento empezó a sentir un cosquilleo en la punta de los dedos, pero no pudo moverse hasta que desapareció el sol. Al llegar a la playa, ya de noche, respiró hondo al ver la luz rojiza que brillaba en lo alto de la montaña. Hasta allí llegaba ese aroma cálido de cedro e incienso que se quemaba en la cueva de Calipso. Ese olor que le pertenecía a ella desapareció al poner un pie sobre agua del mar.